

REFLEXIONES EN TORNO A INSTRUMENTOS CONCEPTUALES PARA EL ANALISIS DE ACCIONES COLECTIVAS.

Alfredo Falero

1. EL CONTEXTO GENERAL

Las incursiones por la temática de las acciones colectivas, suelen ser realizadas con frecuencia por la sociología bajo diferentes rótulos. Una recurrencia fundada pero ante la que no resulta desencaminado preguntarnos, frente a cada nueva propuesta de discusión teórica, la real contribución que se pueda estar realizando. Sin embargo -y a modo de previo justificativo del texto que sigue- en el caso uruguayo se manifiesta a nuestro juicio, un particular déficit en la temática. Como ha sido señalado en un agudo análisis reciente (Robertt, 1997), esto puede sustentarse en buena medida en las manifestaciones locales de un paradigma hegemónico que le adjudica excesivo hincapié al Estado como actor iniciador de cambios.

Por ello la intención del presente trabajo, es sintetizar y comparar algunos aportes conceptuales que creemos pueden ser de utilidad de cara a los cambios globales en curso y al desafío -renovado- que se le presenta a la disciplina para aprehenderlos. Tales aportes están focalizados en lo que, desde nuestra perspectiva, resulta ser la zona más oscura de este objeto de estudio: la generación de las prácticas colectivas y su potencial continuidad.

Para ello, conviene partir recordando que vivimos un tiempo de inflexión histórica, un tránsito hacia lo que parece ser la emergencia de una nueva fase de expansión capitalista acompañada de modificaciones geoculturales profundas. Las características de tales cambios se resumen en el recurrente, abusivo, uso del rótulo de globalización. Las sociedades periféricas muestran en este tránsito tendencias a la democratización política (en una construcción en el sentido schumpeteriano) por un lado y de desigualdad y exclusión social por otro. En ese cuadro se ubican formas de acción colectiva que obviamente también están cambiando.

Para América Latina, en relación a lo primero, si bien los nuevos regímenes políticos de democracia instrumental, proponen algunas libertades básicas, mantienen tendencias al autoritarismo. Tales inclinaciones se harán más manifiestas de ocurrir ascensos de sectores populares, pero claramente, en la actualidad, no es ese el escenario. Por otra parte, los nuevos regímenes no estimulan una mayor participación de la sociedad en los asuntos públicos sino que, más bien, se apresuran a inhibirla para posibilitar la reestructuración económica en curso.

En relación a lo segundo, la actual dinámica coloca centralmente como problema la cuestión del empleo y los efectos sociales que acarrea. Es decir, nos remite a un viejo diagnóstico de Offe (en una ponencia de 1982) aunque con otra perspectiva. Decía este autor que "la esfera del trabajo y la producción van perdiendo a todas luces su capacidad de estructurar y organizar la sociedad" (Offe, 1992). Y decimos otra perspectiva, porque entonces el sentido conferido a la anterior afirmación, era una relegación del trabajo a los márgenes de las biografías personales, mientras que actualmente le damos el enfoque de pérdida de integración social mediante contratos formales y lo que significa como efecto arrastre, de exclusión de derechos básicos de

ciudadanía. La dispersión en la sociedad de condiciones familiares de fragilidad y precariedad laboral, aún siendo porcentajes en aumento, debilitan más allá de denuncias puntuales, las prácticas colectivas.

Asimismo debemos recordar, que la socialización en la pobreza no es potenciadora de acciones colectivas. Como decía Torres Rivas hace algunos años: "los pobres no sólo carecen de bienes y servicios materiales, son además impotentes, carecen de condiciones orgánico-culturales para realizar la defensa propia de sus propios intereses. Es un desprovisionamiento de los códigos esenciales para manejar la situación grupal y personal. No hay posibilidades para esclarecer la condición social, política, étnica. No se debe olvidar que la cultura, por un lado, y la educación, por el otro, proveen un conjunto orgánico de conocimientos, habilidades, creatividad e ideales que permiten establecer vínculos con el medio social" (1991, p. 59).

En otros estratos sociales, el problema es cualitativamente diferente pero las derivaciones en cuanto a involucramiento en la esfera pública (a excepción de las élites políticas obviamente) no son sustancialmente diversas. En términos generales, los sectores mejor integrados de las clases medias, se caracterizan por un individualismo posesivo centrado en el consumo personalizado. No pocas veces, la carrera por el consumo se transforma en un "bloqueo ideológico" eficaz para no afrontar en forma de culpa la pobreza generalizada y un medio ambiente deshumanizado.

En general, pues, se aprecia un debilitamiento importante de los espacios públicos de interacción comunicativa y de construcción y reproducción de identidades. Es conocido que la apatía, la anomia, la reclusión en lo individual, etc., no son fáciles de revertir. En estas condiciones, las acciones colectivas asumen con frecuencia más un carácter defensivo, de resistencia, que impulsoras de demandas históricas -vinculadas al movimiento sindical, por ejemplo- o de proyecto político. De hecho, algunos movimientos sociales de tipo histórico evidencian una pérdida de la centralidad que los caracterizaba en otras coyunturas históricas.

En términos comparativos, este panorama puede sugerir la desaparición definitiva de todo sujeto social de transformación. ¿Acaso no es constatable -al repasar la historia de este siglo- que los grandes movimientos sociales que en algunas coyunturas hicieron pensar a cualquier observador atento que se estaba a pasos de transformaciones profundas, hoy sobreviven como fantasmas de la derrota?

En esta coyuntura existen dos peligros teóricos posibles. El primero es pensar la desaparición de todo sujeto visible de transformación como muerte del mismo, lo cual conduce -como lo han hecho autores en otros momentos históricos- a exequias prematuras y consecuentemente a diagnósticos errados. Situación que de asumirse teóricamente en la forma anotada, bloquea de plano la reflexión sobre el área, con fundamentos de inutilidad práctica (sobretudo en el marco de un excesivo pragmatismo que inficiona el espacio académico). El segundo peligro -y utilizando palabras de Zemelman- es sobreimponer cargas históricas a determinados actores como ocurrió con el movimiento sindical -y hoy quizás, pueda ocurrir con el movimiento ecologista- lo que conduce a optimismos teóricos poco fundados y a la

larga, frustrantes.

Un tercer camino, sin embargo, es considerar la existencia de múltiples agentes de resistencia -y potencialmente de transformación- que a la manera de “pequeños sujetos” constituyan elementos emergentes, sustentadores de reconstrucción del tejido social. Por ejemplo, en este contexto se visualiza con más intensidad una deslocalización de prácticas colectivas hacia espacios como el barrial, que se asocian a carencias inmediatas: vivienda, infraestructura y servicios urbanos, en lo que Castells denominaba hace algunos años como esfera del consumo, o de nivel reproductivo y que nosotros nos permitimos redefinir como demandas en calidad de vida (Falero, 1996).

Este panorama rápidamente delineado, asume sin embargo, formulaciones concretas diversas. La cultura política de una sociedad se forma históricamente. Y a esto hay que agregar las posibilidades objetivas de potenciar determinadas direccionalidades políticas. Piénsese por ejemplo, las diferencias entre los movimientos de derechos humanos de los países del cono sur. Por ello, al analizar un contexto del que emergen acciones colectivas, se deben considerar las características de su tejido constitutivo en la perspectiva de la dialéctica producto (historia) - potencialidad (proyecto).

Sostenemos, en síntesis, en el presente trabajo que la diversidad de prácticas colectivas que se están dando, presentan por un lado dificultades de aprehensión tanto por lo que tienen de nuevo en este contexto sociohistórico, como por las dificultades de las propias ciencias sociales de construir nuevas categorías que se ajusten a las nuevas realidades.

2. INTRODUCCION A ALGUNOS CONCEPTOS ORDENADORES DE LA DISCUSION

Los estudios históricos de los movimientos sociales muestran un mecanismo en movimiento, que en determinadas coyunturas llegan a producir rupturas políticas importantes a nivel de sociedad nacional. Tal esquema, que aquí notoriamente simplificamos, deja afuera los espacios sociales anteriores donde se fue gestando la dinámica.

Esa es la zona de sombra de la que nos queremos ocupar y esto significa ponderar un conjunto de vínculos sociales cotidianos. Por ejemplo, tomando los movimientos cívicos norteamericanos del siglo XIX que combatieron la esclavitud y el alcohol y que tenían demandas de sufragio femenino o de populismo agrario, vemos que se nutrían de organizaciones flexibles de base, que se ubicaban en las esferas de la cotidianeidad; hombres y mujeres que integraban iglesias locales y fraternidades. De la misma forma, los artistas en Gran Bretaña o la Comuna de París estaban basados en lazos sociales enraizados en los vecindarios (Tarrow, 1997, p. 246 y ss.).

Las chambrées que se desarrollaron en la década de 1840 en la zona rural del Mediodía francés, eran lugares donde concurrían los hombres a beber alcohol con sus amigos sin pagar impuestos sobre el mismo, en un estilo parecido a las coffee houses inglesas. No tenían un fin político, eran por excelencia asociaciones informales, pero

se convirtieron en centros de acción política cuando surgió la oportunidad. Precisamente, Tarrow insiste en que el principal factor de activación lo constituye las oportunidades políticas. No obstante, éstas deberían interpretarse a nuestro juicio como no necesariamente buscadas en forma explícita.

Pero sigamos con el ejemplo. En el entorno de las chambrées, se leían periódicos republicanos, se desarrollaban sentimientos de solidaridad y se convirtieron en centros de reclutamiento de la insurrección de 1851 contra el golpe de Estado de Luis Napoleón. Estos grupos informales en tiempos de desmovilización, de tolerados pasaron a ser temidos, Lo importante a nuestros efectos es, al decir de Tarrow, que "nos ayudan a comprender el papel subversivo que desempeñaron las redes del movimiento en la difusión de modelos de acción colectiva" (p. 108 y ss.).

De este suceso histórico -ciertamente entre muchos otros posibles- debemos centrar nuestra atención en la solidaridad interpersonal que subyace a estos grupos para la conformación de redes. El marco organizativo de tales redes no resulta inmediatamente reconocible. Es que es un conjunto de vínculos sociales más cotidianos, lo que resulta más sustantivo que cualquier lineamiento organizativo.

A ello debería agregarse que incluso, según se ha sostenido, la construcción de redes aún en tiempos de constitución de lo que Marx denominó proletariado, no se basaba en un conjunto clasista homogéneo de trabajadores que derivaba de la fábrica. Por el contrario, se trataba más bien de "redes interclasistas de trabajadores demócratas, artesanos cultos y radicales de clase media cuyo poder procedía del hecho de que podían desafiar a las autoridades desde diferentes ángulos" (p. 113). La difusión de información (a través de la letra impresa, en ese momento), por otra parte, coordinaba acciones entre grupos con intereses e identidades distintas.

Esta imagen de red, sin embargo, se puede afirmar que es propia de nuestro tiempo. Habla de puntos de encuentro, de pautas de conexión, de acceso a recursos materiales y simbólicos, de elementos dinámicos y fluctuantes. También de indeterminismos. Al igual de lo que sucede hoy con lo que se piensa en física, conocer las condiciones iniciales no basta para predecir sus estados futuros. Podemos hablar de posibilidades, pero no de certezas .

En la física, trescientos años después de la síntesis newtoniana, la búsqueda de la partícula elemental con afán explicativo de todo, parece poco redituable a la luz de las nuevas visiones. De la misma forma, apostar a una visión de "rational choice", por más sofisticada que se plantee, siempre implica individuos que maximizan sus preferencias en virtud de criterios utilitaristas personales. Lo cual parece una visión por lo menos parcial y simplificada, en tanto no aparecen los procesos de formación de la individualidad desde lo colectivo.

Considerando estos elementos, y a falta de otras imágenes sugerentes, nos inclinamos hacia la perspectiva de red como patrón de interacciones con "nodos" que se activan en determinadas coyunturas. De esta manera pueden aparecer con más claridad las mediaciones que van de lo colectivo a lo individual como viceversa. Esa activación de "nodos" o puntos de articulación, depende no de un plano material sino cultural, lo que denominaremos siguiendo la propuesta de Hugo Zemelman como subjetividad

constituyente, es decir la capacidad social para construir sentidos.

Pero el análisis de redes sin incluir el estudio de los mecanismos constitutivos de esa subjetividad, no permite advertir las potencialidades subyacentes que encierran aquellas en cuanto a prácticas colectivas futuras. Esto nos lleva a introducir otros conceptos complementarios.

3. NECESIDADES, DERECHOS Y CALIDAD DE VIDA

La construcción de redes generadoras de potenciales movimientos sociales está fuertemente relacionada a la forma en que individuos y familias resuelven o satisfacen sus necesidades. Sin embargo, este supuesto -que no es nuevo- exige una ponderación que a nuestro juicio, no ha sido realizado debidamente.

El sistema de necesidades implica resoluciones históricamente variables. Obviamente existe un acceso diferencial a bienes y servicios del cual parte el análisis, pero existen construcciones culturales diversas. Lo que hoy se visualiza colectivamente como "satisfactor" de una necesidad, mañana puede dejar de serlo.

Lo que interesa a nuestros efectos es como un conjunto de necesidades vinculadas a lo que sintetizamos como calidad de vida, implica un conjunto de prácticas sociales cotidianas que se enmarca en proyectos individuales. Pero tales prácticas admiten una canalización por el plano grupal, lo que supone proyectos colectivos, es decir la voluntad de imprimirle a la realidad una direccionalidad diferente a la existente, aunque objetivamente posible.

Zemelman decía en este sentido que "las necesidades (su estructura y funciones) constituyen el meollo en torno del cual se plasma el espacio de lo político, porque éste último representa el despliegue y repliegue sociohistórico, los avances y retrocesos del sustrato dinámico en que consiste el sistema de necesidades" (1989, p. 55). De aquí la importancia del análisis de cómo las necesidades reconocen en la dinámica de la vida cotidiana en la actual coyuntura histórica, posibilidades de resolución en prácticas colectivas.

Pero, ¿qué elementos confluyen efectivamente para cristalizar lo precedente?. Comencemos revisando otro ejemplo concreto. El sociólogo brasileño Eder Sader (1995) se interrogó precisamente sobre las formas mediante las cuales los movimientos sociales en San Pablo, en la década del setenta, abrieron nuevos espacios políticos reelaborando temas de la experiencia cotidiana.

Del análisis de sus experiencias concretas, consideremos el caso de un movimiento de salud en la periferia este de San Pablo, en algunos de los barrios más pobres de la ciudad. Las carencias de centros de salud eran totales, lo que fue llevando -en el marco de actividades del propio barrio- a un conjunto de amas de casa a impulsar un planteamiento en principio bastante difuso.

Dos agentes tuvieron intervención decisiva para que el tema de salud fuera transformándose en un derecho. En primer lugar, la Iglesia Católica que pasó de un

trabajo más asistencialista a uno más de reivindicación de derechos, habilitando - podríamos inferir- un escenario distinto. En segundo lugar, un grupo de estudiantes de medicina y médicos sanitaristas (sobretudo estos últimos), quienes permitieron hacer conocer las causas sociales de las enfermedades, la precisión en la formulación de la demanda y los mecanismos concretos de presión a las autoridades públicas.

Pero, aún reconociendo la presencia de estos agentes, fue un grupo de mujeres las que, recorrieron el barrio en busca de apoyo, hicieron un pequeño diario para que se leyera en grupos de discusión en algunas casas, y se internaron por los laberintos burocráticos del ministerio. A pesar de varias frustraciones (debido a obstáculos burocráticos colocados por las autoridades), el puesto de salud fue abierto aunque con notorias carencias. En ese momento el movimiento gana un carácter de masa con visibilidad política y comienzan a generarse reivindicaciones más amplias como la propia gestión del servicio, lo que finalmente también es alcanzado. La experiencia se extendería a otros barrios cercanos.

Así es que, sintetizando, tenemos varios momentos a considerar, en los que la cotidianeidad de los habitantes del barrio se entremezcla profundamente:

- reconocimiento de la necesidad
- lucha de carácter más reivindicativo - noción de salud como derecho.
- acción política más propiamente dicha
- participación en la gestión del servicio

Existen en este tránsito algunos elementos que omitimos y que se plasman conceptualmente en términos de hábitos o experiencia como veremos más adelante. Sin embargo, lo que en este momento queremos rescatar es que partimos de un conjunto de prácticas que tienen que ver con la obtención de bienes y servicios, la satisfacción de necesidades de reproducción social, de calidad de vida.

A nuestros efectos, no obstante lo importante no es resaltar estrictamente esto, la necesidad, sino al decir de Sader es "el modo como lo hacen (el tipo de acciones que ejecutan para alcanzar sus objetivos), y también la importancia relativa atribuída a los diferentes bienes (materiales o simbólicos) que reivindican, (y que) depende de una constelación de significados que orientan sus acciones" (p. 43).

Es fundamental agregar que no se trata de significados predefinidos sino derivados de las prácticas y las posiciones que asume el propio grupo en un contexto específico. El trabajo de Sader, ciertamente un examen cuidadoso e informado, reconoce en el historiador inglés E. P. Thompson elementos para repensar las relaciones entre las condiciones de existencia y la elaboración de significados hacia prácticas colectivas derivadas de aquellas condiciones.

También es cierto, sin embargo, que en el momento de publicarse este trabajo (años ochenta) se trataba de discutir con aquellos autores que hacían pesar fuertemente la estructura en relación a las acciones, formulación que, aplicado a nuestro objeto de estudio, suponía derivar prácticas colectivas a partir de un determinado contexto, lo cual terminaba siendo un enfoque bastante determinista.

Aún teniendo más claro a esta altura algunos elementos de aquella discusión, ésta no

está definitivamente zanjada como sugiere Tarrow. En efecto, el tema merece repasar otros aspectos que terminan llevando a que la conexión causal entre grandes tendencias macrosociales y la aparición del movimiento es mucho más débil de lo supuesto.

4. EXPERIENCIA, OPCIONES Y SUBJETIVIDAD SOCIAL

Se observó que la conformación de subjetividad social en acciones colectivas, reconoce como base sustancial la temática de las necesidades a la que hicimos referencia. En el plano temporal, la resolución de aquellas implica por una lado, la memoria, la tradición, es decir, lo pasado y por otro, la utopía, el reconocimiento de opciones posibles a tomar en las distintas coyunturas es decir, el futuro potencial.

El primer polo implica lo que tangencialmente aludimos en el punto anterior: el concepto de experiencia. Thompson alude con lo anterior a como hombres y mujeres "experimentan las situaciones productivas y las relaciones dadas en que se encuentran en tanto que necesidades e intereses y en tanto que antagonismos, "elaborando" luego su experiencia dentro de las coordenadas de su conciencia y su cultura (...) y actuando luego a su vez sobre su propia situación" (1981, p. 253).

El conocido historiador inglés, en el marco de la fuerte crítica que despliega contra Althusser, introduce este concepto como punto de unión entre "estructura" y "proceso", pero a nuestros efectos, contribuye sobretudo a rescatar una importante articulación entre lo micro y lo macro, entre dinámicas individuales y colectivas. Porque de la mano de la "experiencia", podemos analizar los mecanismos por los cuales la vida familiar y social (en cuanto cotidianeidad) se estructuran y fraguan conciencia social, potencialmente canalizable en acciones colectivas.

Es necesario recordar que la experiencia se genera a partir de la vida material, pero, en palabras de Thompson, "las maneras en que una generación viviente cualquiera, en un "presente" cualquiera, "elabora" la experiencia, desafía toda predicción y escapa a toda definición estrecha de determinación" (p. 262).

Se ha criticado con cierta consistencia que el uso que hace Thompson del concepto de experiencia no es el mismo a lo largo de su trabajo. La oscilación según Perry Anderson iría desde una visión de respuestas mentales y emocionales supuestamente dados con una serie de hechos vividos a los que corresponden, hasta un sector objetivo del ser social manejado o procesado por el sujeto para producir una conciencia social determinada (1985, p. 27 y ss.).

Decíamos anteriormente que constituye una crítica con cierta consistencia en tanto efectivamente tal oscilación es a nuestro juicio constatable y el autor no lo aclara (ni lo hará posteriormente, en tanto nunca existió una réplica hacia Anderson, pese a algunos desacuerdos teóricos manifiestos). No obstante, también es cierto que tal vez esos dos sentidos resulten complementarios y no contradictorios. En efecto, el concepto de experiencia sugiriendo ambos -llamémosle- momentos, puede resultar de utilidad.

Obsérvese por otra parte, como el primer polo se acerca más al concepto de Habitus

de Bourdieu, es decir, una serie de disposiciones que son constituidas en la relación prolongada, con cierta estructura objetiva de posibilidades (1997). Nos inclinamos sin embargo ante el concepto de experiencia en tanto, si consideramos aquellos dos sentidos, se aproxima más a una imagen de decantación de vivencias en un derrotero que puede abrirse a otras trayectorias.

Esto, precisamente, nos coloca en la articulación con lo que denominamos la subjetividad social en la conformación de acciones colectivas. Pues desde la dupla necesidad - experiencia, que encierra como vimos un conjunto de prácticas donde los individuos van construyendo su vida como proyecto desde lo cotidiano (lo cual no quiere decir un rumbo predeterminado), se abren un campo de opciones de construcción social.

Recordemos en relación al concepto de experiencia, la trayectoria en el ejemplo de la periferia de San Pablo. En el análisis del caso en cuestión, existió un grupo de "compras comunitarias" cuyo objetivo era estimular una vía práctica, la ayuda mutua, frente a un problema concreto, el abastecimiento doméstico. También aparece el ejemplo de Zico quien llegó al barrio a los 24 años integrándose a una pastoral obrera y que cuando tenía 20 años había sido electo tesorero del sindicato de los trabajadores rurales de Santa Fé do Sul. Ambas pueden ser tomadas como instancias que de alguna manera tienen proyección en los individuos en sus rumbos futuros.

Y llegados aquí debemos incorporar también la utopía, como visiones de metas posibles; pero no como algo sobreimpuesto, sino como maduración de la propia subjetividad social del actor. La subjetividad implica entonces también la capacidad de construcción desde lo potencial.

Este enfoque, no determinista sin duda, implica siguiendo la línea de razonamiento, la constitución de lo que Zemelman denomina como la voluntad de construcción: "i) en donde la voluntad expresa la dialéctica individuo-colectivo, en términos de la inserción del individuo en diferentes nucleamientos colectivos, a la vez que a la relación entre estos nucleamientos; y ii) mientras que la construcción representa la transformación de los valores, que encarnan sentido, en la construcción de universos semánticos de pertenencia en los que se resuelve la cuestión del sentido en prácticas habituales de vida" (1997, p. 27 y 28).

Como es posible advertir, la propuesta de una subjetividad social constituyente en el estudio de actores colectivos, intenta hacer confluir los microprocesos con los ámbitos sociohistóricos así como su desenvolvimiento temporal desde su historicidad hasta lo potencial en la construcción de nuevas realidades.

Por lo expuesto, no debe olvidarse a efectos teórico-metodológicos que los individuos que participan en dinámicas colectivas, participan asimismo de una complejidad de relaciones e interacciones como es la familia, el barrio, el trabajo o tal vez una comunidad mayor, etc. En este sentido, es que se puede decir que la identidad generada en un movimiento -con lo que esto significa de sentido de pertenencia colectiva, memoria colectiva, proyectos y enemigos compartidos, etc.- constituye una forma específica de subjetividad.

Huelga decir el carácter resbaladizo, inacabado, disperso de la temática de las identidades sociales y no es nuestra intención en el presente trabajo referirnos a la extensa discusión en torno a ese concepto. No obstante, sí interesa observar como se articula el tema en relación a la trayectoria hacia potenciales movimientos. Melucci recuerda que "el grado de exposición de un individuo a ciertos recursos (cognoscitivos y relacionales) influye en la posibilidad o no de entrada de este individuo en el proceso interactivo de construcción de una identidad colectiva". Asimismo de este grado de exposición depende: "a) la intensidad y calidad de la participación de un individuo y b) el punto de inicio y duración de un compromiso" (1994, p. 174).

Como vemos, podemos incluir la posición de Melucci en cuanto a la relación entre propensión de un individuo a implicarse en una acción colectiva y la definición de una identidad, en una concepción más amplia como la que venimos sosteniendo de subjetividad social constituyente en la cual se agregan otros elementos que no están sugeridos cuando hablamos de identidad.

5. REDES, RIZOMAS Y LATENCIA

De acuerdo con lo que venimos fundamentando, las acciones colectivas descansan sobre la movilización de solidaridades preexistentes que solamente se activan en momentos específicos. Y sólo en esos determinados momentos aparece abiertamente esa subjetividad social que se fue conformando. En términos de despliegue temporal, esto lo podemos catalogar, utilizando palabras del filósofo italiano Antonio Negri, como la "radical continuidad de lo discontinuo" .

Adviértase la diferencia de lo precedente en relación a lo que se entiende por movilización. Esta es absolutamente coyuntural -aunque a veces puede ser espectacular- y no necesita necesariamente asociaciones u organizaciones estables. De cristalizarse éstas, la movilización se integra en una complejidad mayor y pierde el carácter acotado que la caracterizaba.

Los límites sin embargo se van haciendo difíciles de establecer en la medida que la forma que adoptan las prácticas urbanas reivindicativas -lo que se identificaba en la literatura sociológica con el rótulo de movimientos sociales urbanos- son más bien de "archipiélagos de numerosas islas que apenas parecen tener relación entre sí" (Villasante, 1993). Y esta imagen, ciertamente, no es precisamente aquella a la cual estábamos acostumbrados.

Con ambos ejes (el temporal -conjunto de discontinuidades- y la imagen de "archipiélagos") intentamos reposicionar la temática a efectos de hacer visible un conjunto de dinámicas que pueden pasar desapercibidas en las ciudades latinoamericanas, de aplicar nuestro instrumental teórico tradicional. La captación de tales dinámicas supone entonces reflexionar sobre conceptos como el de red .

De un grupo deportivo o de teatro puede surgir una cooperativa de viviendas o una asociación vecinal y a partir de aquí encontrar sentido para involucrarse en una marcha por Derechos Humanos. La metáfora de una red, al menos por el momento, nos permite captar ese espacio multiforme de interacciones humanas dinámicas, con

renovación de pautas de conexión, de tiempos propios, internos. En esa red cotidiana se negocian, se estructuran y desestructuran identidades colectivas (Calhoun, 1994; Melucci, 1994; etc.).

A esta altura, conviene aclarar que el término red al igual que sucede con otras categorías sociales (en especial, globalización y exclusión social) puede significar muchas cosas: desde visiones tecnocráticas asimilables a lo que se denomina "capital social" que refiere al uso que hacen los individuos de canales informales para la obtención de un trabajo, (por ejemplo, véase Flap and N.D. de Graaf, 1986) hasta la visión de flujos y redes globales de que se vale Castells (aunque no es el primero en hacerlo) para referirse a la actual "era de la información". Precisamente es ese sentido de comunicación e interacción que trasladamos a espacios locales es el que pretendemos rescatar .

Un tema que aparece como relevante en el marco de estas interacciones y de la formación de identidades, y que fue puesto de manifiesto hace ya algunos años por Melucci, es el de la información con que se cuenta en sociedades dinámicas como las actuales. En el futuro inmediato podemos pensar como desafío lo que puede llamarse "exceso de información". Esta "provoca una dificultad en el proceso de construcción de orientaciones y en la determinación de las oportunidades de la propia acción; en definitiva, provoca una pérdida del sentido de la acción" (Revilla Blanco, 1994).

Por otra parte, tanto en estas redes cotidianas como en las propuestas a que dan lugar, no dejan de estar presentes relaciones de poder, puntos de esa red -por citar un ejemplo- donde se promueve verbalmente la participación activa mientras las acciones concretas tienden más bien a desestimularla al fundar "imprescindibilidades" (admitásenos por el momento el neologismo) personales. En el mismo sentido, se ha diagnosticado en muchos casos esa tendencia a "cerrarse" del grupo y es trabajo del sociólogo hacer esta situación visible a los integrantes. Aún así es claro que los patrones organizacionales de los llamados viejos movimientos sociales, cercanos a lo anteriormente observado, han cedido paso a otras tendencias culturales a nivel global (Dalton, Kuechler y Bürklin, 1990).

La cultura de evitar "puntos centrales" en la red ha llevado a introducir el concepto de rizoma en lugar del mencionado. El manejo del concepto de rizoma a nivel de la filosofía se debe a Deleuze y Gattari hace ya muchos años, y otros autores como Negri y Villasante, han intentado su aplicación. El término, sin embargo proviene como tantos de las ciencias naturales, específicamente de la botánica en la que se define los sistemas de tallos subterráneos de plantas vivaces que a diferencia de las raíces de los árboles, por ejemplo, conectan cualquier punto con otro.

Esta imagen de sistema acentrado, no jerárquico, de uniones no prefijadas, es seductora para describir rupturas con lo establecido, señalando potencialidades de nucleamientos más importantes. No obstante tiene también sus puntos débiles en el marco de nuestra propuesta. Podemos inferir que si el rizoma tiene memoria corta o es por excelencia la "antimemoria", resulta contrario como concepto a uno de los polos fundantes de lo que analizamos como subjetividad social constituyente. Por otra parte, resulta descabellado no reconocer la presencia de "activadores" de la red que terminan

muchas veces adquiriendo -se pretenda o no- un peso sustantivo, una "centralidad".

Sin embargo, ese entretejido subterráneo no es una mala imagen para dar cuenta de ese lado oculto de las acciones colectivas. Además, frente a las cadenas verticales y las tramas horizontales, se plantea la idea de transversalidad: comunicación en todas las direcciones y en todos los sentidos posibles.

Se han esbozado, asimismo, otras imágenes. Villasante ha dicho por ejemplo que los movimientos pueden compararse con el mar, donde se pueden generar olas de diverso tamaño, pero son las corrientes marinas las que en verdad terminan generando auténticas transformaciones.

Maffesoli (1990) por su parte, nos reenvía a la idea de subterráneo, informal, red -a través de Simmel- con su concepto de socialidad. En la vida cotidiana -se reflexiona- está el germen de una nueva sociedad. Nuevamente estamos en presencia de la imagen de red, una red que conecta nudos. Pero éstos no serían individuos sino "tribus". A diferencia de la estabilidad inducida por el tribalismo clásico, en este caso "se trata menos de agregarse a una banda, a una familia, a una comunidad que de revolotear de un grupo a otro" (p. 140).

Más allá de un aire a nuestro juicio excesivamente optimista para plantear las tribus urbanas actuales y ciertas imprecisiones (como la de ver la socialidad como "forma lúdica de la socialización"), la recuperación de ese relacionismo que constituye la vida social, la densidad de lo cotidiano que había descuidado la Sociología de los movimientos sociales, debe ser adecuadamente considerado. De hecho, su punto de vista se acerca mucho a parte de lo expuesto, al entender que "la constitución de los microgrupos o de las tribus que puntúan la espacialidad, se hace a partir del sentimiento de pertenencia, en función de una ética específica y en el marco de una red de comunicación" (p. 241).

Llegados a este punto, podemos visualizar una notoria aproximación a la propuesta de Melucci. Este autor también había llamado la atención sobre la "vitalidad de las tramas subyacentes de las mujeres, los jóvenes, los ecologistas y las culturas alternativas" que hacen visibles las movilizaciones. A partir de aquí introduce entonces el concepto de latencia que se complementa inseparablemente con el de visibilidad (1991).

La crítica que despliega el autor italiano sobre la miopía de todo lo que encierra la "latencia" de las acciones colectivas, resulta por lo ya expuesto absolutamente compartible: "Aquellos que consideran la acción colectiva desde una posición profesional y política, generalmente limitan sus observaciones a la cara visible de la movilización, olvidando el hecho de que lo que la nutre es la producción diaria de marcos alternativos de sentido sobre los cuales se fundan y viven diariamente las propias tramas" (1991, p. 248).

En síntesis, la articulación de lo no visible pero activo de las acciones colectivas, esa trama latente que conforma la subjetividad social constituyente, la generación de un terreno con elementos dispersos pero alternativos de sociedad, resulta en síntesis lo que proponemos rescatar como pilar de análisis de acciones colectivas urbanas. Es

decir, precisamente lo que hasta el momento se dió como "lo dado" o evidente en relación al uso de la categoría de "movimientos sociales", resulta en suma -y a nuestro juicio- lo que debe rescatarse adecuadamente.

6. REFLEXIONES FINALES

Decíamos al comienzo que actualmente se advierte una crisis -de distinta magnitud, de acuerdo a la sociedad- en el plano organizativo social con cierta institucionalidad. Esto es: crisis de uniones en proyectos grupales con una mínima continuidad; crisis de organización en asambleas, alianzas, federaciones, etc. Esto replantea en la actual coyuntura un problema clave, pues no existe cambio social real en un sentido alternativo a las formas deshumanizadas y excluyentes actuales, sin un sustento activo, crítico de colectivos sociales.

En este sentido, sustentábamos la posibilidad de emergencia de un nuevo sujeto, polivalente y múltiple de transformación social. Si es así; ¿serán las acciones colectivas con demandas en calidad de vida, parte de este supuesto sujeto o se reducen tan sólo a una multiplicidad controlada de microconflictos singulares? Probablemente existan elementos de ambas puntas, teniendo presente que se trata justamente de un terreno de disputa hegemónico y por tanto históricamente abierto.

Pero hay que tener en cuenta que los estudios de casos sobre demandas concretas, sugieren cambios no siempre visibles. Un ejemplo de síntesis, entre otros posibles: el seguimiento de las acciones colectivas en torno al agua potable en las ciudades mexicanas de Querétaro y Celaya, llevó a sostener que tales acciones colectivas si bien no se constituyeron en movimientos sociales per se, tienen otras derivaciones. "Establecen cambios a nivel de la cultura política popular y generan una nueva práctica colectiva que estimula la formación de un actor con una vivencia personal ampliada donde el individuo se reconoce a sí mismo y a sus semejantes. Esto permite que la vida privada se transforme y la vida pública se reformule" (Treviño, 1997, p. 15).

Esa revisión de los límites de lo público y lo privado para el estudio de acciones colectivas, constituye uno de los ejes que nos interpela -tal como tangencialmente se aludió en este trabajo- para salir de cierta inhibición teórica. En ese sentido, existen algunas contribuciones que nos pareció relevante dar cuenta. Considerando las nuevas categorías y conceptos que hemos visitado a lo largo del trabajo, la expectativa que surge refiere a las posibles vías de conformación de una verdadera síntesis teórica alternativa de análisis. Al menos es claro que varios de los elementos desplegados van en ese sentido. Aunque, probablemente, a la luz de los rápidos cambios globales en curso, también nos falten piezas en esta coyuntura para seguir armando un rompecabezas conceptual siempre abierto.

Ciertamente las respuestas no solo deben buscarse a nivel de reflexión teórica sino también de la praxis. El trabajo colectivo coordinado por Tomás Villasante en ciudades de América Latina (1994), recordaba en este sentido que "sigue habiendo mucha distancia entre las reflexiones académicas y los problemas concretos" por lo que reclamaba atinadamente sobre la necesidad de profundizar desde dentro en las perspectivas de la praxis. De hecho, su metodología es tributaria de la "investigación-

acción-participativa” y el replanteamiento de la relación sujeto-objeto de Fals Borda (Véase, Villansante, 1995).

Un llamado que, a nuestro juicio, resulta imprescindible trasladarlo al caso uruguayo, en una temática donde se evidencian esfuerzos dispersos y a veces con perspectivas teóricas quizás poco redituables. De acuerdo con lo que venimos delineando, no se debería descuidar en nuestro caso el estudio de un tejido urbano actual más vivo de lo que se piensa y por tanto productor de realidades.

Permítasenos una ejemplificación final de lo que intentamos transmitir.

Consideramos, de lo relativamente poco analizado en el caso uruguayo, el estudio de comisiones vecinales de Mariana Gonzalez (1992). Aporte empíricamente riguroso, allí se revela el carácter de fuerte dinámica de formación-disolución en las mismas. No obstante, a nuestro juicio, merecería una ponderación mayor las mediaciones y articulaciones entre ellas, con otras acciones colectivas y con el contexto. Objetivos que no se traslucen necesariamente a partir de instrumentos de recolección (y construcción) del dato como los ejercitados en la ocasión (con una perspectiva fuertemente cuantitativista). Porque se trata, también, de la captación de una cultura de base fundante de potenciales movimientos.

En tren de búsqueda de alternativas que permitan superar abordajes de corte más atomista y estructuralista, el concepto de subjetividad social constituyente intenta dar cuenta de una pluralidad de sujetos que se comunican entre sí. Para la investigación confluyen hoy un conjunto de categorías importantes como experiencia, redes (con los cuidados -y limitaciones- anotadas), potencialidad y latencia entre otras. Esto nos permitiría iluminar una parte subterránea de la constitución de las acciones colectivas, de sus mediaciones, en una coyuntura sociohistórica específica. Los próximos años dirán si efectivamente esta propuesta resulta potente para el análisis.

BIBLIOGRAFIA

Anderson, Perry: "Teoría, Política e Historia. Un debate con E. P. Thompson", Madrid, S. XXI, 1985.

Bourdieu, Pierre: "Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción", Barcelona, ed. Anagrama, 1997.

Calhoun, Craig: "Social Theory and the Politics of Identity", Blackwell, 1994.

Dalton, Russell; Kuechler, Manfred and Burklin, Wilhelm: "Challenging the Political Order: New Social and Political Movements in Western Democracies", Oxford University Press, 1990.

Falero, Alfredo: "Calidad de vida: ¿eslógan afortunado o categoría de análisis?", en revista de Ciencias Sociales N° 12, Mdeo., FCU, 1996.

Flap. D. H. and De Graaf, N. D.: "Social capital and attained occupational status", en

"The Netherland Journal of Sociology 22, 1986.

Gonzalez, Mariana: "Las redes invisibles de la ciudad", Mdeo, CIESU, 1992.

Maffesoli, Michel: "El tiempo de las tribus", Barcelona, ed. Icaria, 1990.

Mattelart, Armand: "La mundialización de la comunicación", Buenos Aires, Paidós, 1998.

Melucci, Alberto: "Asumir un compromiso: identidad y movilización en los movimientos sociales" en Zona Abierta N° 69, Madrid, ed. Pablo Iglesias, 1994.

Melucci, Alberto: "Social Movements and the Democratization of Everyday Life" en John Keane, "Civil Society and the State", Verso, 1991.

Negri, Antonio: "El poder constituyente", Madrid, de. Libertarias/Prodhufo, 1994

Offe, Claus: "¿Es el trabajo una categoría sociológica clave?", contenido en "La sociedad del trabajo. Problemas estructurales y perspectivas de futuro", Madrid, Alianza, 1992.

Pizzorno, Alessandro: "Identidad e interés" en Zona Abierta N° 69, ob. cit.

Revilla Blanco, Marisa: "El concepto de movimiento social: acción, identidad y sentido" en Zona Abierta N°69, ob. cit.

Robertt, Pedro: "Literatura sociológica uruguia sobre movimientos sociais (1984 - 1995)" Tesis de Maestría, Campinas, 1997.

Sader, Eder: "Quando Novos Personagens entraram em cena", San Pablo, ed. Paz e Terra S/A, 1995. (1a ed. 1988).

Tarrow, Sidney: "El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política", Madrid, Alianza ed. 1997.

Thompson, Edward p.: "Miseria de la teoría", Barcelona, ed. Crítica, 1981.

Torres-Rivas, Edelberto: "Democracia electoral y sus dificultades en América Latina" contenido en "Desarrollo y Democracia", Margarita López Maya (ed.), Caracas, Nueva Sociedad, 1991.

Treviño Carrillo, Ana H.: "Las acciones colectivas en torno al agua potable en dos ciudades medias de México", ponencia presentada al XXI Congreso de ALAS, San Pablo, 1997.

Villasante, Tomás R.: "Asociacionismo urbano" en Revista Relaciones N° 107, Abril de 1993.

Villasante, Tomás R.: "Las ciudades hablan. Identidades y movimientos sociales en

seis metrópolis latinoamericanas”, Caracas, ed. Nueva Sociedad, 1994.

Villasante, Tomás R.: "Las democracias participativas". De la participación ciudadana a las alternativas de sociedad", Madrid, ed. Hoac, 1995.

Villasante, Tomás R.: “De los movimientos sociales a las metodologías participativas”, trabajo contenido en “Métodos y técnicas cualitativas de investigación en Ciencias Sociales”, Delgado y Gutierrez, coords., Madrid, de. Síntesis, 1995.

Zemelman, Hugo: "De la historia a la política. La experiencia de América Latina", México, S. XXI/UNU, 1989.

Zemelman, Hugo: "Problemas antropológicos y utópicos del conocimiento", México DF, El Colegio de México, 1996.

Zemelman, Hugo y León, Emma (coords.) "Subjetividad: umbrales del pensamiento social", Barcelona, ed. Anthropos, 1997.

* Agradezco los comentarios realizados por el Soc. Pedro Robertt a una primera versión de este artículo.

Remito en este sentido a los trabajos de Prigogine en física. Esta concepción, sin embargo, ya tiene características transdisciplinarias, como hacíamos referencia en nuestro artículo “Tiempo y calidad de vida en las ciudades latinoamericanas” (Revista de Ciencias Sociales Nro. 14). Remitimos en especial al excelente análisis de la Comisión Gulbenkian para la reestructuración de las ciencias sociales, publicado como “Abrir las ciencias sociales”, México, Siglo XXI/UNAM, 1996.

La riqueza, pero con frecuencia también la complejidad, del pensamiento de Negri, hace difícil citarlo en pocas líneas respetando las intenciones teóricas del autor. En el párrafo en cuestión expresa exactamente: “los procesos constitutivos de lo real histórico son discontinuos, ardientes en su imprevisibilidad e inmediatez, tejidos contradictorios que sólo la resistencia, el rechazo, la negatividad combinan y ponen en forma positivamente. No hay ningún fatalismo, hay sólo radical continuidad de lo discontinuo, continua reaparición del tiempo de la potencia como alternativa -pero al mismo tiempo resistencia- a la disipación “realista” y “soberana” del tiempo” (1994, p. 390).

No dejamos de tomar en cuenta aquí lo que hace algunos años criticaba Zemelman en su introducción a “Las ciudades hablan” de Villasante. Decía en relación a la expresión manejada por el último de “redes que componen un determinado movimiento”, que era una “idea interesante, especialmente por su naturaleza descriptiva y operativa, pero que no permite resolver el dilema relacionado con el paso a la práctica”

Conviene recordar aquí como en el siglo XIX se forjó también una “ideología redentora de las redes, creadoras de un vínculo universal (que) legitima el positivismo administrativo” (Mattelart, 1998). En ese sentido, Proudhon decía: “Lo que hace circular las ideas (...) no son los coches, sino los escritores, es la discusión política, la prensa libre... Se ha triplicado la extensión de los ferrocarriles en Francia, pero no observamos que desde entonces haya circulado la menor idea” (citado por Mattelart,

p. 25).